REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

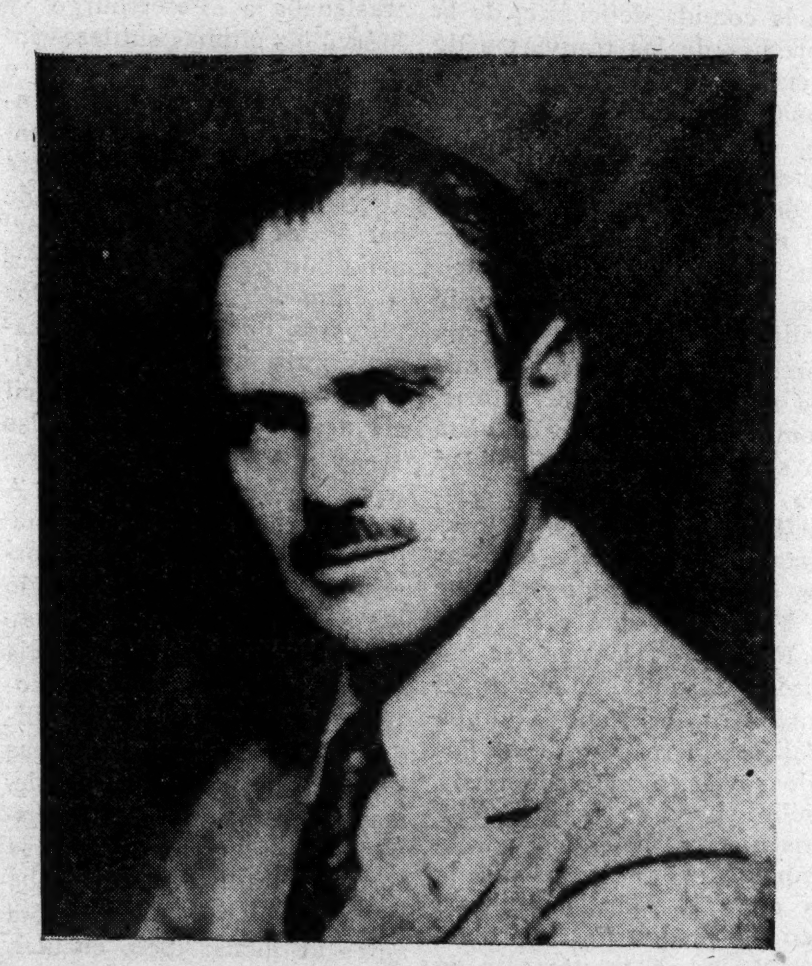
Tomo XXVI — San José, Costa Rica **1933** Sábado 24 de Junio — Núm. 24

Año XIV. No. 640

SUMARIO

Sugerencias rusas

= *Colaboración.* =



Waldo Frank

Waldo Frank, el apasionado meditador norteamericano, nos ha presentado en un libro reciente cuya roja portada en las cuidadas ediciones de Calpe se muestra ya en las librerías santiaguinas, su testimonio de la hora rusa. ¡Se escriben tantos libros sobre Rusia! Este de Waldo Frank no aspira a ser un guía ni un manual de conocimiento soviético como el de Monsieur de Monzie, ni una densa Filosofía de la Historia en relación con la tierra y el destino eslavo como la obra profunda del alemán Von Eckhardt. Es el apunte sincero, la "hoja de temperatura" de un alma que no puede sino reaccionar ante el suceso universal, ante el conflicto humano, ético y social que plantea la cuestión rusa. Lo pudo escribir—porque es un diálogo consigo mismo, desde su retiro atlántico, cerca de New York, pero prefirió para que no fuera demasiado abstracto someterlo a la verificación de la tierra en que se realiza el gran experimento, a ese paisaje de llanuras y grandes ríos donde la cansada humanidad de hoy edifica una nueva fe. Así el libro tiene cierto significado religioso, porque todo lo que escribe Waldo Frank asume una alta preocupación moral que se evade de lo puramente económico, en que muchos comunistas criollos sitúan la proyección de lo ruso. Por esta razón la obra de Frank vale por una confidencia profunda y nos interesan más sus reacciones, sus preguntas, que sus datos. No vamos a pedirle a Waldo Frank esas columnas de Estadística que en contra o en pro, nos ofrecen todos los economistas y profesores que visitan el país soviético.

Tantos libros de números como los que se escriben sobre Rusia suelen aburrirnos. Si el visitante juzga favorablemente queda la duda de que aquellos datos tan claros se los hayan ofrecido esas oficinas de Turismo que en Rusia como en cualquier país burgués aislan al ilustre visitante extranjero de un conocimiento y una palpación directa; y si el testimonio es adverso puede haber bebido sus noticias en las imposibles y quiméricas fábricas de la Contra-Revolución esparcidas por toda Europa.

La actitud de Frank equidista en su sereno examen que no excluye la aproximación y simpatía, de la negación conservadora y de la justificación total del comunista sectario. Para la primera posición que suele ser la del buen vecino que vive, come y se pasea y no quiere ser interrumpido por una realidad tan clamorosa y patética como la realidad rusa, ésta es algo de que puede prescindirse, el movimiento de un país lejano que tendrá escasa repercusión en su mundo próximo. En cuanto al segundo con su hermética fe marxista, ya no discute nada y no acepta siquiera que de la Revolución y el sistema ruso sea preciso descontar copiosos errores, obstinación teórica, inútiles persecusiones y crueldades, y hasta ese zarismo rojo que se prolonga demasiado del camarada Stalin. Cuando este comunista criollo quiere hacer la Revolución, fanática y cerradamente nos trasladaría a Sur América todos los errores, retrocesos y cambios de frente de la cruenta experiencia eslava. Niega toda voluntad e instinto revolucionario surgido de la propia tierra nuestra, si ello no lleva la autorización de Moscú. Conoce a Carlos Marx en malas traducciones, y responde sin detenerse a cavilar con esa estereotipada Retórica revolu-

Carta alusiva

Santiago de Chile, 10 de mayo de 1933.

Mi respetado don Joaquín:

Le iré enviando para *Repertorio* una serie de notas al margen de las ideas políticas de hoy, de que es una muestra el artículo *Sugerencias rusas* que acompaño a esta carta. La América del Sur está siendo invadida por un marxismo canceroso y farisaico, que traslada desde Moscú la letra y la consigna sin dejar nada a nuestro espíritu, a nuestra realidad e instinto creador. Conviene ir echando sobre estas cosas una fría mirada intelectual; porque el tema se relaciona con los deberes y el espíritu revolucionario de las nuevas generaciones hispano-americanas, hay que establecer y delimitar posiciones. No es posible hoy ser ajeno a la Política, sino queremos que ésta siga siendo—como en el pasado y en el presente de muchos pueblos de América, deporte y oficio de gamonales o de serviles mayordomos del Imperialismo.

Nada más, sino mis votos por su bienestar y mis saludos afectuosos.

Mariano Picón-Salas

cionaria que en nuestros pueblos — poco acostumbrados a pensar—, haría mucho daño, pues equivaldría a un tránsito del autoritarismo católico y de la escasa libertad intelectual española de que ayer no más salimos, a otra limitación dogmática y esterilizadora. Contra esa burocratización del pensamiento y respuesta mecánica para cada problema quiere prevenir Waldo Frank a sus amigos rusos, a la clase obrera occidental y a los intelectuales que anhelan servir al proletariado en esta su hora de liberación y ascención histórica.

En función de este mismo problema puede tratarse el de la "Cultura proletaria" que no hay que confundir con ese monopolio excesivo que el Estado soviético de hoy—forma transitoria, si se realizan hasta su último fin los postulados de Marx—, ejerce sobre las conciencias y sobre una Literatura oficial que en concepto de Waldo Frank está cercenando el instinto creador del pueblo ruso. Conviene repetir estas cosas en América, porque así como la negación empecinada nos lanzaría en su esfuerzo absurdo contra la corriente de la Historia, la fe sin crítica conduce al estancamiento y la petrificación. A una Historia estancada marchan esos grupos comunistas del mundo a quienes la acción se les cae de las manos, porque no vino refrendada desde Moscú. La política soviética presenta la paradoja de valerse del nacionalismo, del bello afán místico de construir una nación en la jornada de sacrificio que pide a cada ruso, y pretender prescindir de él, para las agitaciones que provoca en otros países. Moscú da una consigna y los fieles adeptos que mantiene a través del mundo la mascullan con sumisión, desatendiendo toda realidad próxima. Muchos hombres que lealmente quieren servir a la clase obrera se preguntan si bajo esa rigidez burocrática y esa sumisión a la letra, la lucha del proletariado no ha perdido su animosa combatividad; esta intuición del instante que es el secreto de toda Política. Pero he aquí que bajo la coacción del Estado ruso, el Comunismo en su proyección mundial parece devenir una Religión y no una Política.

Las críticas y reparos que un escritor como Frank formula al presente estado ruso, no le impiden en otro orden de fenómenos valorizar con objetividad y justicia la parte viviente de la Revolución. Cierto linaje de lectores se muestran muy contentos cuando una obra sobre el país soviético habla de la mala calidad de los hoteles de Moscú, de la comida deficiente, de la apretura de los tranvías o de unas toneladas de menos en algún rubro de la producción del Plan Quinquenal. Quien lee a Waldo Frank se da cuenta de que esos pequeños datos no pesan dentro de la importancia y la trayectoria del hecho ruso; pero no se puede pedir a cada turista y a cada aprensivo lector burgués, que sea un filósofo de la Historia. Tomando otro punto de vista no sería tampoco la fidelidad con que los líderes eslavos han seguido la biblia marxista, lo que puede explicar sus éxitos. Es algo más que el Marxismo—que sería para la Revolución lo que los escritos de San Pablo para el movimiento cristiano—, lo que explica la permanencia del Estado soviético. El comunista criollo obcecado por aquella construcción dialéctica, por la simple Algebra mental que le ha dado el Marxismo, haría bien en meditar este problema. No es en cuanto esté de acuerdo con Marx que ha triunfado la Revolución rura, sino en cuanto se ha asimilado las realidades, aspiraciones, el antes inexpresado destino del mundo eslavo. Así el Internacionalismo comunista se transformó en Rusia en un nacionalismo. La experiencia tiene un gran valor para quienes suponen que pueden importar la Revolución, por piezas, embalada desde Moscú.

El Estado zarista, antítesis del hecho de hoy, representaba una construcción aislada de la realidad nacional. El aristócrata ruso que hablaba, pensaba y se vestía a la moda de Francia y de Alemania, nunca miró ni comprendió lo que efectivamente significaba su pueblo. La "inteligencia", esa clase social que hacía libros y discutía en los salones, trasladaba a Petersburgo y Moscú las últimas sutilezas intelectuales de París, Berlín o Londres, pero era indiferente a las necesidades y apetencias de su nación; ponía entre él y ella una infranqueable barrera de envanecida y adornada cultura europea. El ruso culto del siglo XIX y de los primeros años del XX se caracterizaba como el suramericano de hoy, por esa fácil errancia cosmopolita entre las ideas y los libros, sin detenerse en nada profundo. A espaldas de él estaba un pueblo inmenso que no se incorporaba todavía a ese Estado extranjero—mezcla de despotismo asiático y de burocracia alemana—que era el de los Romanoff. Ante la imposibilidad de actuar con sus ideas importadas, con sus problemas de refinado individualismo, la inteligencia rusa se tornaba nihilista, proclamaba su desesperación y su derrota antes de luchar. Sólo encuentra una evasión en la crueldad y la sensualidad sombría de un "Sanin", el significativo personaje de Arzibachef, síntesis de toda una hora de desesperación eslava. Esta falta de sentido nacional de las clases dominantes, las llevó a buscar su salvación en los terribles días revolucionarios junto a los ejércitos blancos de la Entente, formados por fuerzas extranjeras. Pero ocurrió el hecho insólito de que esos ejércitos de Kolstchack, de Denikin, a pesar de la ayuda franco-inglesa fueron derrotados y disueltos por las bandas rojas menos técnicas, peor equipadas del judío Trotzki. ¿Por qué?, se pregunta el alemán Von Eckhardt. ¿Era que todo Rusia se había convertido a la abstracta doctrina marxista? "Por que ningún pueblo soporta la intromisión extranjera en sus luchas sociales internas: porque el que busca esa alianza contra sus propios compatriotas se equivoca sin remisión". Así en ese instante decisivo para la historia rusa, los bolcheviques supieron representar la idea nacional: junto a los generales zaristas y mercenarios de Inglaterra y de Francia, parecieron encarnar el destino de la gran Rusia, como los jacobinos fueron la Francia en 1793. El oportunismo leninista consistió precisamente en eso: en salvar valerosamente la distancia entre la teoría y la realidad, en hablar en el momento preciso el lenguaje que ya bullía, buscando su acento, en la boca innumerable del pueblo. Ello coloca a Lenin dentro de una perspectiva histórica más amplia que la del Marxismo como un continuador—a dos siglos de distancia—, de la obra de Pedro el Grande; como un constructor de lo que era desbaratada e informe nacionalidad rusa. El pueblo antes humillado por la "inteligencia", el pueblo que no creía en sí—como los suramericanos de hoy—descubrió de pronto fuerzas insospechadas; tuvo el aliento de una expansión universal, incorporó a la Economía y la vida moderna regiones y pueblos perdidos en el Asia Central, en la tundra siberiana, en los bosques del Cáucaso, en las arenas del Turkestán. Este fenómeno de la creación de una moderna Economía y de un moderno estado ruso bajo la voluntad socialista, es mucho más importante que esa sumisión farisaica a la letra marxista, en que se entretienen y se pierden muchos militantes de hoy.

Pudiéramos de todo esto, de la excursión tan breve y panorámica que consiente un artículo, recoger algunas experiencias de uso y aplicación más próxima. Como en la Rusia pre-revolucionaria los pueblos disgregados que forfan Hispano-América, no han podido expresar su vida nacional que lucha por abrirse

paso entre el juego hostil de los imperialismos que nos subyugan, la inasimilada cultura extranjera, la pereza y el nihilismo de las "élites" y la falta de una disciplina colectiva que emane de una fe, de un destino. Económicamente, como en Rusia, el problema consiste en modernizarse, en industrializarse, pues sólo por medio de la Economía seremos independientes; pero no "modernizarnos" en el sentido superficial en que parecía moderna la "inteligencia" rusa, las pequeñas "élites" políticas o intelectuales de las grandes ciudades, sino arraigando la forma y el progreso europeo en una vasta construcción nacional. La técnica para alcanzar este fin es ya un problema de política práctica, el más importante que pueda situarse en medio del escenario oscuro de la intranquila Sur América de hoy. Ojalá que después de un balance objetivo de nuestra realidad, llegara a todos la certeza de dos hechos: 1º Que a esta "altura del tiempo"—como diría Ortega y Gasset — toda política debe incorporar plenamente al Estado y la Economía las grandes masas que quieren consumir e instruirse. La Política de hoy no radica como en otras etapas de la Historia en la habilidad del artífice, en la invención personal del escultor de pueblos, sino en la capacidad de servir las apetencias materiales y espirituales de vastas muchedumbres. Así la antítesis de una Sur América Moderna, creadora de su Industria y no simple factoría del Capitalismo Internacional, es el Feudalismo agrario, la servidumbre rural de grandes masas que subsiste en casi todos los países. Es también el papel de dependencia, de simple intermediaria entre el Capital extranjero y la Economía interior de cada pueblo, que desempeña nuestra inorgánica burguesía. 2º Que toda Política que aspira a la permanencia debe basarse en un fuerte sentimiento nacional que no se impone desde fuera como un frío aprendizaje, sino emerge de la conciencia colectiva, saturada de fe e incontenibles estímulos.

Una consigna como la que aquí se formula daría a nuestra inquieta y contradictoria juventud suramericana, a las inseguras clases medias, al naciente proletariado, el ímpetu y la disciplina iniciales para la ansiada construcción futura.

Mientras ello no suceda en América—pienso en el Perú de Sánchez Cerro, en Cuba bajo Machado, en Venezuela bajo Gómez — la Política no será para nosotros sino un deporte y un apetito grosero de boyardos.

Mariano Picón-Salas

Santiago de Chile, mayo de 1933

Tierra y justicia

= *Envío del autor.* =

Una noche de fiesta: de fiesta del espíritu, la que tuvo lugar en el Colegio de San Luis, en la ciudad de Cartago. Se pudo escuchar allí al señor García Monge; Mario Sancho, el conocido escritor costarricense, pronunció también un discurso amplio y bien perfilado; y, por fin, Vicente Lombardo Toledano sustentó una interesantísima conferencia. Fué noche de auténtica fiesta en Cartago.

El amplísimo salón de actos estaba materialmente lleno de juventud: de una juventud sana, limpia y bella de cuerpo y de espíritu. Al entrar el conferencista y sus acompañantes en el salón, todos: alumnos y profesores e invitados, entonaron los vibrantes himnos de Costa Rica y de México. Después hizo la presentación del orador, don Mario Sancho, dejando que desbordara, en los elegantes períodos de su oración, todo su cariño por México y toda su admiración por Lombardo Toledano. Después subió éste al escenario y en medio de la delirante ovación con que cariñosamente se le acogía, permaneció en pie, silencioso, inmoble.

El tema de la conferencia fué escogido por don Mario Sancho. Se le dió, a Lombardo Toledano, apenas media hora antes del acto: de tal suerte que su conferencia fué una improvisación: una madura, definitiva y magistral improvisación.

Dicho tema era de vastas proporciones: "La Revolución mexicana". Esa revolución que apenas se percibe fuera de México, a la manera de un cuadro manchado de rojo en el que sobresalen figuras trágicas iluminadas por la luz de los incendios. Esa revolución que, en el sentir de cuantos la ignoran en su íntima naturaleza, ha terminado desde que la paz material se hizo en México.

———

La emoción que el tema despertaba en el conferencista, se reveló desde sus primeras palabras. Anunció cuál era el tema escogido, y expresó su parecer en el sentido de que sería imposible comprender a la Revolución en caso de que no se la colocara en su marco histórico. Porque la Revolución no era algo que surgiera al acaso; sus raíces se ahondaban, por lo contrario, en el pasado del México independiente, colonial y precolombino.

Iba, pues, a hacer historia: pero no historia episódica o anecdótica. Hablar de Zaragoza y de Porfirio Díaz, hacer el recuento de los combates trabados entre Cortés y Cuauhtémoc, describir la riqueza de los palacios de Moctezuma, no es hacer historia: es contar cuentos agradables y pintorescos que nada enseñan porque no contienen más que exterioridad. Hay que ir hasta a las raíces de los hechos y hay que interpretar los acontecimientos. La historia, en una palabra, es una disciplina estéril si no se la completa con lo que algunos llaman filosofía de la historia.

Y a la luz de la ciencia histórica, la Revolución Mexicana aparece como el brusco romperse de una situación que había venido sosteniéndose por siglos. Es la repentina explosión de una fuerza que venía almacenándose desde tiempos que se pierden en la noche de la tradición. Para darse cuenta exacta de ello hay que desenterrar del olvido en donde duermen, situaciones que pasaron y cosas que fueron.

En las épocas anteriores a la llegada de Cortés, el Imperio de los "Mexica" dominaba casi todo el territorio de lo que es hoy la nación mexicana. Tratábase de un imperio fuerte, militar, aguerrido, próspero y culto. Su civilización casi era tan refinada y completa como aquella que traían los conquistadores. Templos y palacios se levantaban por doquiera en la metrópoli, Tenochtitlán—urbe de trescientos mil habitantes.—Y en torno a tal centro de vida superior, se congregaban todos los demás pueblos, llamáranse éstos tlaxcalteca o tolteca, o tarasco. La fuerza de las armas obligaba a los últimos a rendir tributos al primero. Y esa situación respectiva de dominante y dominados, favoreció la aparición de un odio secular que, como finísimo diplomático, aprovechó Fernando de Cortés para hacer posible la obra de la conquista.

El Imperio azteca, analizado en sí mismo, se nos aparece dividido a su vez en dos capas: la una, integrada por la nobleza, el ejército y el sacerdocio, poseedora de tierras, que debían ser trabajadas por la segunda, la gran masa indígena, despojada de todo bien, y obligada así a trabajar no sólo las tierras ajenas, sino el "calpulli" o terreno comunal, que apenas bastaba para mantener su equilibrio biológico.

La inquietud, la zozobra, el malestar no podían menos que acompañar a un sistema social que construía un pequeño núcleo de privilegiados que vivían por encima de la mayoría del pueblo. Había sorda germinación de un deseo de libertad, y de un estado de cosas más favorable al desarrollo integral de los hombres.

La conquista no vino a cambiar la situación. Después de que los territorios americanos pasaron a formar parte de los bienes de la Corona española; después de que el Papa, con un solo trazo de su pluma dividió el mapa y entregó a los españoles la mayor parte de nues-

tro mundo con su contenido humano, la gran masa indígena siguió en condiciones absolutamente idénticas. El sistema era el mismo: solamente las personas habían cambiado.

La nobleza estaba representada por los peninsulares; el ejército por las tropas de ocupación y la oficialidad superior de las de conquista; el sacerdocio, por los Padres católicos que traían a los indios la buena nueva y se hacían de cuantiosas propiedades. Cierto que a determinados frailes la voz pública de entonces y la Historia hoy les consagra como benefactores de los indios. Un Vasco de Quiroga enseña a los tarascos industrias útiles y bellas. Un Fray Bartolomé, un Motolinía, llegan hasta el corazón mismo de esas pobres bestezuelas en que se habían convertido los aborígenes.

Pero el sistema colonial es duro como el acero. Los encomenderos, que de acuerdo con los piadosos deseos de doña Isabel habían recibido indios para salvarles sus almas y para incorporarlos a la religión de Cristo, no se preocupan de otra cosa que de explotarlos. Desaparecieron los "calpulli", absorbidos por los grandes señores que tenían propiedades colindantes. El amo había sido sustituido por otro amo: unos ídolos cedían el puesto a otros ídolos: pero el indio seguía siendo el indio: la bestia de carga y de trabajo, ligado a su suelo, como el siervo; privado de toda protección jurídica, como el esclavo, a pesar de las llamadas Leyes de Indias.

En el seno mismo de la Colonia fué germinando el motor que había de independizarla. La rigurosa división en castas, la aparición del mestizo y su mantención en un estado de inferioridad, el desprecio con que se veía al criollo, postergándolo siempre frente al llegado de Europa, actuaban como factores catalíticos que iban dejando un precipitado de odio y de rencor. Sobre todo el mestizo, heredero de lo mejor de ambas razas, fuerte y soberbio como el hispano, de inteligencia sutil y gran delicadeza como el indio, sentíase el dueño de la colonia. Y fué así como se hendió en dos la historia episódica del mundo hispano americano, al sobrevenir la Independencia. La Independencia que, importantísima como episodio, iba a dejar intocado en su base al problema.

Porque con la Independencia surgió México a la vida independiente, pero una nueva nobleza, un nuevo ejército y el clero de siempre siguieron poseyendo la tierra. La masa indígena gravitaba hacia el fondo de las instituciones y allí se soterraba bajo una capa espesa de olvido y de irredención.

La historia de una buena parte del México independiente, es un largo relato de convulsiones internas causadas por la fuerza reaccionaria que anhelaba reponer las cosas en su estado primitivo. Hay un período de treinta y cinco años que constituirá siempre un jeroglífico para los historiadores que no ven más allá del episodio y de la anécdota. Tropas enteras se pasan de uno al otro de los bandos contendientes. Se grita hoy "¡Viva Fulano!", para proscribirlo mañana con un "¡Muera!" Y el indio, que sabe que algo le falta, pero que no puede concretar en palabras ni en ideas precisas su necesidad, el indio que desea ardientemente salir de su estado de paria social, va a servir de carne de cañón en todas las contiendas y a derramar su sangre en todos los campos de batallas. Ejércitos rudimentarios, de hombres de ojos humildes y melancólicos, que no saben por qué pelean, pero que recónditamente experimentan la urgencia de pelear.

Así, hasta la Reforma. Juárez, recogiendo lo ya hecho al decretarse la primera constitución liberal del 24, y adaptando todo el lirismo heroico de los Derechos del Hombre, creyendo hasta en los últimos corolarios lógicos en la filosofía individualista que lo construye todo sobre la persona, separa al Estado de la Iglesia, proclama la igualdad de los hombres ante la ley, crea las garantías individuales que servirán para poner frente a frente al hombre y a la sociedad. Y, yendo más allá, puesto que proclama la Santidad Augusta del Individuo Físico, despoja a las corporaciones y da una nueva fisonomía jurídica a México.

Pero esa fisonomía jurídica no pudo ser otra que la confirmación más radical y efectiva del estado de cosas existente. Uno de los derechos individuales es el de gozar la propiedad. Esta se integra con los elementos clásicos de la facultad de usar, gozar y abusar, y así se ratifica a las minorías opresoras en sus privilegios y en nombre de la igualdad se autoriza la más tremenda y más injusta de las desigualdades: la del dinero.

Quizá el liberalismo juarista no hubiese prosperado. Tal vez para afirmarse hubiera necesitado de largas luchas y de cruentos esfuerzos. Pero la fracción conservadora arranca a Maximiliano de Hapsburgo de la quietud de su castillo de Miramar y lo trae a México en donde no le espera la conformidad y la bienvenida de todos los mexicanos—según él ingenuamente creía—sino la más desesperada resistencia de un pueblo que lucha contra sus invasores. Maximiliano era un hombre bueno. Sonreía con dulzura su rostro, dentro del marco áureo de su barba; sonreía también con dulzura su corazón de hombre que no sabe que existe el sufrimiento sobre la tierra.

Pero precisamente porque nada sabe de la miseria, nada hace por aliviarla. Ni siquiera intenta la obra urgente que desde siglos esperaba su realización. Y tiene que subir al Cerro de las Campanas que tiene en la mañana roja una aspereza y sequedad de Calvario. Con Juárez y contra Maximiliano, todo el país se había unido. El liberalismo era tremolado como bandera de salvación.

como enseña de esperanza. Y desde entonces, todo se confía a él. Y bajo sus auspicios, en el régimen inmoral de absoluta libertad en que el fuerte puede explotar al débil, se agudiza el problema hasta ir creándose los enormes latifundios que amenazan con sorber el territorio entero. El barón de Humboldt, en su genial tratado que podríamos llamar de Geografía Económica, nos da un recuento de las propiedades existentes y del que resulta que las tres cuartas partes de la extensión de México pertenecían a la Iglesia. La inmensa mayoría de las tierras restantes, a la burguesía. Y sólo una fracción sin importancia está en manos de los indios.

Así se inicia la dictadura de Porfirio Díaz, larga de treinta y cinco años. Dictadura que en lugar de representar el mando irrestricto y absoluto de un solo hombre, es la expresión de una oligarquía plutócrata. Llamaba a los capitales extranjeros, aquel régimen, otorgándoles garantías que les colocaba en una situación preferencial respecto a los ciudadanos. Protegía sin condiciones a los "landlords" nacionales o foráneos. Y para el indio tenía el cacique de pueblo, y el Jefe Político, que sabía hacerle entrar al orden cuando un brote de rebeldía apuntaba en aquél.

Cuando el dictador vivía su apoteosis, bajo el pretexto de que debían celebrarse las fiestas del centenario de la Independencia, y cuando la metrópoli se encendía en fausto y en riqueza; cuando en el bosque de Chapultepec se iluminaban los árboles con cordones de focos y se tapizaba de luz el fondo del lago, entonces surgió la revolución. Sonaban acordes de las orquestas en los salones suntuosos en el antiguo Palacio de los Virreyes, florecidos en una sociedad que se formaba de las mujeres más hermosas, de los hombres más cultos, de los diplomáticos más decorativos, cuando en Puebla rasgaban el silencio los primeros disparos. ¡Qué tríptico aquel! ¡Oro, violencia y dolor! ¡La sonrisa palaciega, y el cintilar de los diamantes, sobre un fondo carmesí, de sangre! ¡Y todo ello rodeado por un cuadro de miseria, de ignorancia, de hambre y de mugre!

El dictador, con su brillante ejército, apenas si pudo resistir. Con la violencia de los volcanes que se forman de súbito sobre lo que apenas ayer parecíera pacífica colina, el país entero se incendió. Las hordas de hombres, enloquecidos, rabiosos, derribaron al tirano con la fuerza geológica de las grandes convulsiones terrestres. Y como vencedor, modesto en el triunfo como había sido grande en el esfuerzo, Francisco Madero, el Presidente mártir inició el desenlace de su trágico destino recibiendo el gobierno de México.

Era romántico, Madero: creía en la eficacia de las fórmulas y de las palabras mágicas para el alivio de los grandes males. "Sufragio Efectivo y no Reelección" fué no sólo su lema, sino su programa. Pero la Revolución había estallado, y era su proceso, sin prisa y sin pausa, como el ascender del sol. El campesino, ahora sí ya sabía lo qué ne-

cesitaba, y lo exigía. Y en medio del estruendo de los ejércitos en marcha no podía hacerse oír la voz conciliadora de Madero que se esforzaba por apaciguar los ánimos y por soplar sobre la hoguera en la esperanza de apagarla.

¿Cuál habría sido el destino de Madero? ¡Quizás le hubiese arrollado el impulso incontenible del torrente! Pero un tigre sombrío, borracho y procaz, le asesinó, como matan siempre los asesinos: por la espalda. Y el país como un solo hombre se levantó gritando. Fué, aquel, un alarido que estremeció a los cielos.

El campesino estaba de pie, y con las armas en la mano. Con Zapata arrasó los campos y los sembró con las cabezas de los antiguos explotadores: entonces adquirió su verdadero sentido social la Revolución mexicana. Entonces se tiñó en el color que le era propio y sin el cual parecía lívida e inexplicable. El obrero todavía no intervenía: era anarquista y por tanto lírico. El anarquismo nos llegó a México a través de España, a donde a su vez había llegado de los pueblos del Norte que, ajenos a lirismos, acogieron las teorías de Marx como más reales y efectivas. El obrero era, pues, ateo en religión, abstencionista en política, ácrata en su ideal de Gobierno. Pero al fin celebró pacto con Venustiano Carranza, en momentos en que la situación era delicada y peligrosa. El Ejército de la Revolución se dividía contra sí mismo e iba a destruirse. Y el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, firmó un pacto con la Casa del Obrero Mundial ofreciéndole incorporar a la legislación los principios elementales de una política agraria racional — tierras para quien las trabaja—y los de una tendencia de elevación del obrerismo.

Carranza cumplió en parte su palabra. Reunió en Querétaro una constituyente, integrada por una mayoría de obreros y campesinos improvisados en Generales o en Coroneles, algunos intelectuales mediocres aspirantes a periodistas y un puñado de intelectuales auténticos, abogados o médicos, que se prestaban gustosos a suscribir la obra que se emprendía. Y nació en esa forma la Constitución del 17, con artículos como el 27 y el 123, en que se limita, por lo menos en teoría, el derecho de propiedad, en que se protege a la mujer y al niño, en que se habla de la construcción del minimifundio, en que se ordena la restitución de los Ejidos y en que se coloca de golpe a México a la cabeza de los demás países tomados en función de sus legislaciones del Trabajo.

La repartición se llevó a efecto: sobre todo en el tiempo en que gobernó al país el General Obregón. Todo era entonces vehemencia y entusiasmo. Cada uno quería tomar sobre sí parte de la tarea colectiva. Hasta los elementos naturales parecían contribuir, haciendo brotar a torrentes el petróleo que iba a hacer surgir, del antiguo Tampico de diez mil habitantes, la ciudad nueva hasta con doscientos cincuenta mil.

Y Obregón y Calles y los hombres de hoy, afirman un estado de cosas ya hecho. Cierto que ha habido tránsfugas y traidores; cierto que muchos conductores del pueblo lo han aprovechado para enriquecerse a sus expensas; cierto que en el lecho de la ignominia muchos ungidos patricios se revolcaron en orgías inmundas. Pero la obra está intacta. Por cada prevaricador, hay cinco hombres nuevos que se levantan para denunciarle y castigarle. Por cada mercader, cinco apóstoles indignados le arrojan a latigazos del templo. El espíritu de clase, el espíritu público, está vivo, rojo, ardiente. Poderoso y enérgico como nunca y esa creación espiritual es la principal de todas en nuestra Revolución.

El peso que esa realización pueda tener al ponerse en la balanza de un juicio sereno, basta para hacer que el fiel se incline en un resultado favorable. Imperfecta como toda obra de hombres, la Revolución tiene no obstante el mérito indiscutible e indiscutido de construir el México de mañana sin la tara y sin el problema que existían desde las épocas pre-hispánicas.

Pero la Revolución está inconclusa; y serán los muchachos de hoy, los hombres de mañana, a quienes tocará perfeccionarla y concluirla—si es que algún proceso biológico tuvo nunca conclusión. La Revolución no es ya el estallar de granadas ni el arrojarse en marchas heroicas, al sonido de los himnos triunfales, sobre plazas hipotéticas defendidas por enemigos que virtualmente no existen. El enemigo es, ahora, más difícil de vencer porque es impalpable. Consiste en la falta de preparación técnica adecuada. Consiste en la idiosincracia individualista y anarquizante de la raza. En un país de diez y seis millones de gentes, en que sólo cuatro están dentro de la corriente de intercambio de mercancías y de noticias, doce—fatalmente,—están al margen de la economía nacional. Y de nada servirá dar al indio tierras, si el indio se aisla en su egoísmo y no convive con el resto de sus conciudadanos. Para los efectos colectivos de nada servirá todo el esfuerzo realizado.

———

Porque, si en el terreno de las realizaciones concretas el resultado ha sido hasta hoy fragmentario, tenemos en cambio una conquista que nadie nos la podrá ya arrebatar. Es el conocimiento de nosotros mismos. Es el no avergonzarnos—sino por lo contrario, envanecernos—de la sangre indígena que corre en nuestras venas. Es el de exaltar todo lo nuestro, y hacer brotar, de los arpegios en la música, de los colores en la pintura, de las aristas en la plástica, una auténtica y vigorosa, bella y magnífica alma mexicana. Es, el de abandonar esa imitación extralógica — que dijera Tarde—en cuya virtud teníamos antes nuestra vista en París para volverla después a Nueva York, y por la cual o tenemos cafés llamados "L'Opera" y "La Concordia", o los bautizamos como "Sanborn's" y "Lady Baltimore" y hasta encharcarnos de lodo nuestros dulces nombres autóctonos, diciendo "Chapultepec Heights" o "Xochimilco Inn". Inn".

Y la conciencia de clase y la noción de responsabilidad brillan, ahora, deslumbradoramente. ¿A dónde están aquellos peones humildes, que besaban los pies del patrón, y que recibían en las curvadas espaldas el latigazo de ritual? ¿Dónde el obrero sucio y hambriento, supersticioso e individualista? ¿Dónde el "niño-bien", atento sólo a la forma de su cuello y al color de su corbata, y poniendo toda su ambición en ocupar un banco, lustroso a fuerza de sobarlo con los pantalones veinte generaciones de burócratas caducos? Inútil es buscarlos. No existen ya. En su lugar un hombre joven, de cabeza bien puesta, de frente ancha—como a propósito para albergar ideas de noble envergadura—perfila su torso potente en un ademán de sembrador. Está sembrando el México de mañana.

Nuestros pueblos, indolatinos, casi todos padecen de iguales lacras. Los latifundistas ociosos en "pendant" con la masa que trabaja para que aquellos engorden. Snobs ridículos que se calzan en Londres, adquieren sus camisas

en Nueva York y reciben sus ideas de París. Ausentistas que van a derrochar inbécilmente sus capitales en Europa. Periodistas que adulan sólo el bajo instinto de la curiosidad. Gobernantes que se constituyen en cuidadores de las repletas bolsas de los ricos. Juventudes que permanecen apáticas como si no fuera suya la responsabilidad del futuro. Pueblos que sufren en silencio y que gimen sin lágrimas, pero en cuyas manos puede a cualquier momento fulgir el acero de las reivindicaciones milenarias.

¡Qué responsabilidad la nuestra...! Es tan grande que apenas es posible entrever, en lo remoto de lo tiempos por venir, el instante en que a los ojos del viajero podamos ofrendar el espectáculo de ciudades gloriosas, en que vivan hombres justos, en que fluya una existencia transparente y sutil, como el aire de nuestras altiplanicies!

Mario Vargas Morán

San José, mayo de 1933.

Nota: Como el licenciado Lombardo Toledano sustentó una conferencia sobre el mismo tema en el Teatro Nacional, he aprovechado ambas para refundir en un solo artículo sus ideas. El lenguaje por él usado es muy suyo: claro y simple, sin adornos ni parábolas, difícil de reproducir. El estilo empleado en esta crónica es mío, resultado de mi temperamento y de mi propia manera de expresar mi opinión sobre un tema que me apasiona.

M. V. M.

Estampas

Cinco años de danza inútil

El monopolio extranjero de la electricidad se entretiene en jugar con leyes que ha dejado sin vigencia

= Colaboración. =

Las torrecillas que construyó la malograda Compañía Electriona para conducir a esta capital la electricidad que llegara a generar se quedaron con este letrero fatídico: "Peligro de muerte". Ningún alambre cargado de voltajes mortales sostienen esas armazones de acero. La Electric Bond and Share Cº vino a Costa Rica y adquirió todas las plantas eléctricas de propiedad particular. Electriona se construía por suscripción pública precisamente para dar a la comunidad electricidad barata. No podía Compañía rapaz como la Electric Bond and Share Cº dejar crecer en libertad una empresa nacional. Los letreros los tomó como un anuncio para ella. Muerte segura le estaba pronosticada si la capital llegaba a tener luz y fuerza suministradas por una empresa libre del monopolio. Entonces movió poderes y Electriona, nacida para vender barata la electricidad, se volvió presa de la Electric Bond and Share Cº Los letreros vocean un peligro que no llegó a nacer. Hoy la electricidad generada en los dinamos de esa planta es vendida a precios de explotación y el público que dió su dinero para construirla paga caro y no recibe utilidad. La concesión legal caducó. Todo condena a Electriona y los letreros no dicen sino que el poder que está sosteniéndola por encima de las leyes del país, es un poder que ha condenado a la impotencia mortal nuestra legislación eléctrica. Los hombres que en un ímpetu de entusiasmo impusieron esa legislación clavaron también sobre ella letreros que indicaban a la Electric Bond and Share Cº un peligro para sus planes monopolizadores de nuestra electricidad. Pero olvidaron esos hombres que no bastaba el letrero, porque animando la legislación no pusieron a correr la defensa. El peligro de muerte no existe ya para el monopolio extranjero que se entretiene en jugar con leyes que ha dejado sin vigencia.

No existe ese peligro, pero los letreros se ostentan y seguimos creyendo en leyes avanzadas. Somos de un infantilismo sin par. No queremos darnos cuenta de la emboscada en que nos tiene metidos la Electric Bond and Share Cº. Entablamos discusiones y le aceptamos y le proponemos planes. Nos engañamos. La Compañía no quiere tomarnos en serio, porque ella no toma en serio a ninguna nación en donde irrumpe con su organización absorbente. Ha nacido en los Estados Unidos y en este país ha aprendido a burlar todas las leyes nacidas para someterla a control eficaz. ¡Pretender nosotros domesticarla! Hagamos a un lado todo cálculo alegre y acostumbrémonos a la realidad. No hay en el país poder que pueda contener la conquista de nuestra electricidad. La Electric Bond and Share Cº nos está reduciendo lentamente a su vasallaje.

Descorazonará a algunos la afirmación y dirán que nos volvemos pesimistas cuando estamos obligados a creer en la eficacia de nuestra legislación eléctrica. Sin embargo, ninguna fe tenemos en que Costa Rica se salve de la iniquidad de ver perecer definitivamente su electricidad nacionalizada. Somos una presa mínima. Estamos entre las mandíbulas del monstruo y nos está devorando. Es cierto que el organismo que trata con ese monstruo quiere vencerlo. Pero ¿con qué armas? ¿En dónde los poderes para la lucha formidable que lo haga imponerse? Las organizaciones similares a la Electric Bond and Share Cº hacen en grande en los Estados Unidos lo que vemos aquí. Tejen una red de sorpresas que penetra todo lo que tenga una acción libre. Y en esa red perecen hombres, leyes e instituciones. Hablamos después de la lectura de una serie de artículos que acaba de publicar "The Nation" delatando las patrañas de esas compañías monopolizadoras del gas, de la electricidad, del teléfono. Fuerzas inmensas son opuestas a la rapacidad ostensible de los acaparadores y sin embargo, la explotación inicua del público continúa siempre en aumento. Quizá la fuerza mayor de lucha que han logrado oponer en los Estados Unidos a tales organizaciones es la fuerza de los hombres que llegan a defender las instituciones que vigilan y defienden al público. Pues estos hombres denuncian con valor, no silencian nunca su protesta. Pero es un

cíclope lo que tienen por delante y no lo conmueven. ¿Quién no sabe que estas empresas de generar y distribuir electricidad son conceptuadas por la legislación norteamericana como empresas de utilidad pública? ¿Quién no sabe que considerar una empresa como de utilidad pública es ceñirla a un control severo en cuanto a las ganancias que ha de derivar? Pues las juntas que vigilan son defraudadas. Se les dan leyes grandes y se les dice que las apliquen. Muy poco hacen no obstante En algunos casos no hacen absolutamente nada. Acude una junta de esas a los tribunales y en la relojina judicial los años se comen la queja. Escandaloso es ya el caso de la compañía de teléfonos de Nueva York y se cuenta como ejemplo típico de burla a las leyes. Contra esa compañía que violó disposiciones legales estableció la Comisión de Servicios Públicos de Nueva York una acusación en 1920. Han pasado trece años y todavía no la han resuelto aquellos tribunales lentos y aquejados de senilidad como todos los tribunales de justicia del mundo. Contiene el proceso 62.854 folios de testigos y ha costado diez millones de dólares.

Júzguese de lo que son capaces estas organizaciones nacidas para hacer de la electricidad un poder de explotación y de miserable esclavitud del hombre. Entre nosotros prevalece el sentimiento errado de que la Electric Bond and Share Cº quiere someterse a nuestra legislación eléctrica. Mentira. Entretendrá los años que quiera a esta Junta y a las que la sucedan. Cinco años tiene de vida la legislación que nacionaliza la electricidad. Cinco años de danza inútil. Inútil porque se ha establecido la discontinuidad entre lo que hizo una Junta y lo que intenta hacer ésta de hoy. Inútil porque la institución que se llame Servicio Nacional de Electricidad no tiene poder de ninguna naturaleza. La Electric Bond and Share Cº lo sabe y lo aprovecha para entretenerse en un juego que será al final de resultados trágicos para el costarricense.

No podemos leer las acusaciones de "The Nation" sin pensar con pavor en nuestro propio caso. Somos una víctima de la Electric Bond and Share Cº Costa Rica ha sido conectada a la pillería que explota al público consumidor de electricidad de los Estados Unidos y por lo mismo, el racero que aquí llega es idéntico al de allá. La desventaja es grande para nosotros, porque tenemos menos experiencia, más bien, carecemos de experiencia en cuanto al trato que da esa Compañía y no vemos peligros. Carecemos de vigilancia. Encontramos hombres animados de la buena intención de defender la nación del acaparamiento rapaz de la Electric Bond and Share Cº, pero no asoman el entendimiento a buscar la defensa. Y la defensa no se hace con buena voluntad y con honradez reconocida. Precisa estudiar el problema. La buena voluntad y la honradez sin estudio no hacen otra cosa que prolongar la entrega. ¿Qué ocurre en los Estados Unidos con las instituciones formadas por gente de estudios? Que las compañías piratas no arrollan esas juntas, pero tampoco las juntas logran arrollar a las compañías piratas. En 1929 la Legislatura del Estado de Nueva York creó una comisión que investigara el sistema de regulación. La formaron autoridades en cuestiones de empresas de utilidad pública y llegaron a la conclusión de que las compañías violaban las leyes de regulación y explotaban despiadadamente al público. Pero sólo llegaron a esa conclusión nada más. Contra el poder de las compañías no hay otro poder y el público continúa en inicua explotación. Y lo tremendo de esta tragedia vivida por el público consumidor de los Estados Unidos es que los hombres que persiguen desde las juntas los abusos y piraterías de las organizaciones palpan su impotencia y lo declaran. En la Comisión de Servicio Público de Nueva York un miembro prominente, el señor Maltbie, trata de rebajar las utilidades de las compañías en una suma de veinte millones por año. El público consumidor exige la reducción de tarifas porque no soporta. Sin embargo, el comisionado, con todo su saber y su honradez termina por recomendar que se acepte lo que las compañías ofrecen, un rebajo de cinco millones. Que se acepte porque si hay negativa las compañías se escurrirán y nada se conseguirá. El articulista de "The Nation" hace este comentario a la actitud del comisionado: "He aquí una aceptación franca de que la Comisión no puede regular, de que sólo puede "forzar" reducciones que están consentidas por las compañías. Esta política del sombrero en la mano significa una capitulación a los monopolios para cuya regulación fueron creadas las comisiones de servicio público".

El ejemplo de los Estados Unidos conviene divulgarlo para que se vea que es la medida que se nos está aplicando por los ejecutores de la Electric Bond and Share Cº. Nos estamos engañando de muy buena fe con la defensa que estamos haciendo imaginariamente de nuestra electricidad nacionalizada. No nos damos cuenta cabal de que estamos cercados para la capitulación. Hemos ido abandonando al tiempo la defensa. Y el tiempo sólo es factor de conquista de la Electric Bond and Share Cº. Nos desvía y se prevalece de nuestra falta de estudio. Sabe que al final nos tumbará sin estrépito, dejándonos por el contrario el halago de una defensa realizada tenazmente por nosotros. Y vendrá luego lo que estamos viendo en los Estados Unidos: la queja diaria, constante, terrible, implacable contra el monopolio de la electricidad. Queja muerta, porque no hay fuerza para amparar el derecho del explotado. Los tiempos de amparar ese derecho los hemos dejado irse, los estamos dejando irse. Todavía no es mortal el zarpazo si nos convencemos de que no basta honradez y buen deseo de defender la electricidad, para vencer a este monstruo de la Electric Bond and Share Cº. Debemos estudiar el problema y sobre todo, asomar la mirada un poco más arriba de nuestro tejado y recoger la experiencia terrible de otras naciones. Nosotros hablamos de la experiencia norteamericana porque allí están todas las madrigueras de esas organizaciones rapaces. Pero hay también la experiencia de otros pueblos que ya han sucumbido a la conquista salvaje de la Electric Bond and Share Cº. Cada cual que se sienta con ánimos de luchar para que no nos volvamos dentro de poco miserables esclavos de una Compañía sin entrañas, busque la defensa en dondequiera que ella esté. Pero búsquela y no se contente con esperar a que el tiempo resuelva. No se contente con dar la negativa y recibir el plan de la Electric Bond and Share Cº y dar el contraplán. A esta Compañía no se la contiene sin sacarse fiereza del alma. La lucha es de vida o muerte y la electricidad tiene que ser nuestra.

Juan del Camino

Costa Rica y junio de 1933.

Berta Singerman y la lengua criolla

= De *El Mercurio*. Santiago de Chile. =

Debí presentar en la tierra de Puerto Rico a Berta Singerman, hermana del extremo sur, intérprete la más leal de los poetas de la raza y creadora de un género teatral de calidades finas que la hacen una especie de asociada en el negocio de la lengua. Como no la presenté por ausencia de nuestro San Juan, recojo la obligación de despedida.

Puerto Rico vive entre las dos solicitaciones fuertes de España y de Estados Unidos, imperativo espiritual el uno, e imperativo de la realidad política, el otro. La isla tiene ocasión muy pocas veces de mirar en conjunto y de palpar en el ejemplar próximo, a la raza sudamericana. Este hecho no se debe a una falta de generosidad, que aquí es virtud ingénita, sino a que sus problemas son tan graves, tan de vida o muerte, que lo fuerzan a la actitud de los trabajadores: la cabeza baja encima de su faena y unas pocas enderezaduras para mirar lo que está afuera y, además, lejos. Esta mujer argentina que les ha llegado de pronto a ustedes, extranjera por el nombre, peregrina por el oficio de repetir la palabra poética, tiene significación para la raza y cumple, bajo las apariencias de un espectáculo, cierto encargo sobrenatural que a ustedes también les toca.



Berta Singerman, argentina de nacimiento y hebrea de raza, es un instrumento de la dignificación del español criollo, en la cual estamos empeñados todos, y ustedes portorriqueños los primeros; y dentro de ese ennoblecimiento de la lengua, ella representa en buena parte la dignificación del lenguaje hablado latinoamericano. No está entre nosotros una pura recitadora habilidosa de poema y una combinadora de efectos métricos; está viviendo una semana de soplo en una isla, una servidora leal del idioma, hermana ayudadora del poeta y del prosista de la lengua y hermana sin sospechárselo del pedagogo que opera con lo emotivo en las entrañas de la casta.

Berta Singerman representa inconscientemente, porque ella no buscó ser esta curiosa síntesis, el lenguaje hablado de la América Latina, y se ha vuelto la cifra musical común, y la más alta de los pueblos con los cuales ha convivido. Si en alguna de esas asambleas lingüísticas que suelen hacerse en Europa, se pusiesen un día a averiguar cuál es el habla criolla americana yo les mandaría a Berta Singerman y les diría lealmente: "Ella habla como nosotros hablamos, pero, a la vez, ella dice mejor que nosotros". No es nada ocasional, nada anecdótico el fervor de que hace hervir a nuestra gente cuando ella se pone a decir poemas, aunque ellos sean traducidos. Entre reconocimientos, éste de la consanguinidad de la lengua como cadencia, es de las más arrastradoras. Aquí vuelve a ser muy cierto el valor del cómo se dice sobre el qué se dice, la magia de la manera, el "sésamo" de la forma.

¿Sabe ella, o se ignora el trabajo de fusión que ha venido haciendo desde la Argentina a Puerto Rico, el anudamiento de estas melodías rotas de frontera a frontera, la vertebración unitarista de los acentos primos hermanos? Se me ocurre que como buena mujer, ignora lo óptimo que realiza y pienso que trabaja dentro del orden femenino de crear en la inconsciencia como creamos el hijo de nuestra profundidad, a puro golpe sordo de sangre y a puro traspaso de nutrimiento ciego.

Ocupémonos un poco de la parte más visible de su labor, y veamos cómo ella, la extranjera por el nombre, ha entendido, seguido y servido el genio poético español.

Se sabe que Castilla era pobre de poesía culta, en comparación con su enorme riqueza de poesía popular. Hasta hace treinta años, o sea, cuando aparece la familia creada por Rubén Darío en la Península, la masa de la poesía folklórica, sobrepasaba absolutamente a la culta, siendo ella preciosa como volumen y como calidades. Desde los comienzos de su carrera, Berta hincó su preferencia (llevada por el instinto mujeril que la atribuimos o, si se quiere, por su intuición segura) en la poesía popular española, en el romance. Vale la pena anotar que no comenzaba aún la boga del romance que nos ha traído después García Lorca y su lindo equipo.

Ella supo, sin receta de profesores, que el manadero grande de la poesía castellana era ése, lo descubrió y lo desveló del matorral de seuda poesía culta por el que estaba tapado para los ojos nuestros. Se me antoja que este cariño suyo hacia el habla popular le venga en derechura de su **Martín Fierro** fundamental y del folklorismo sudamericano, que es nuestra índole verdadera, ahogada también por preciosismos más o menos pegadizos.

Un tercio de los programas de Berta saldrán siempre de este filón. Ella ha cosechado con la mayor fineza en este costado de Lope y de Góngora y ella busca y se lleva de cada país nuestro la parte folklórica más pura y límpida. Digamos que en estos achaques de escoger, ella trabaja en el tejido más íntimo de la entraña de cada pueblo, como esos cirujanos de dedos videntes, que manipulan en los secretos del cuerpo y saben allí de qué vivimos de veras, dónde padecemos y somos heridos de veras, que no es en nada de la costra corporal que mostramos enderezada.

No le han dicho aún nuestras gentes, "Berta la criolla", "Berta la populista", porque les gusta decirle elogios complicados. Pero en la Provenza de Federico Mistral allá le dirían la **felibre,** retiñéndole de ciencia y de humanidad el apodo, y yo sé que ella estaría contenta de este apelativo, mejor que de esos de "alondra" y de "arpa" que le distribuyen a manos llenas.

Berta la criolla, gracias a la Argentina, españolizadora de gentes, ha podido hacerse verdad este absurdo de que una ruso-hebrea, salida de esas extremidades de la estepa, donde comienza ya la Eurasia, haya venido a parar en criatura criolla americana, en la decidora de nuestros poetas y en la recogedora de nuestros ritmos desmadejados.

Los programas de Berta, que a algunos se les antojan como accidentales y cosa sin norma, van siempre gobernados por una doctrina y no le

(*Pasa a la página 379*)

UNA FIGURA

Ana de Brancovan, condesa de Noailles, poeta por la gracia de Dios

= De *El Sol*. Madrid. =



La muerte ha puesto de moda a Ana de Brancovan, condesa de Noailles, que fué, además de gran señora, un poeta.

Lo tuvo todo o casi todo: la alcurnia, la riqueza, la gracia seductora, la pasión, el estro. En el París de comienzos del siglo, la figura de Ana de Brancovan, condesa de Noailles, pone su nota purpúrea, muy personal, de pasión y poesía.

Mujer simpatiquísima y juvenil — juvenil para entonces—, si no hermosa, armoniosa; de abundantes y pesados cabellos, ¡con qué gracia sabía encantar en su doble aspecto de gran dama y gran poeta! Por sus ojos oscuros y profundos solía cruzar la caravana de camellos cargada de ensueños orientales.

Lo oriental no era adjetivo en ella, sino esencia. De origen rumano, acarreaba en su sangre la fantasía de "Las mil y una noches". Sobre la comedida retórica de la poesía francesa, como sobre una pista, corrían desbocados y cubiertos de espuma los potros de Transilvania.

Sólo quien envejece cosecha en abundancia recuerdos. A medida que la vida se va adormeciendo, apagando, aparecen para reemplazarla plateadas y grises sombras amigas: las remembranzas. Rememoro en este instante al príncipe de Brancovan, hermano de Ana, de perfil de águila, hombre señero a un tiempo y cordial.

Con motivo relativamente fútil envié un cartel de desafío al príncipe. Eran días juveniles y exagerados, en los que una mirada o palabra, una línea, aparejaban un duelo. Dos caballeros franceses a quienes adrede y con especialidad molestaba en la carta al príncipe se batieron conmigo sucesivamente. Después de ambos encuentros, recibí una carta de Brancovan. Ya era inútil aquel otro duelo. La diferencia había quedado zanjada y el orgullo en su puesto, bien alto.

La muerte de la excelsa poetisa Ana de Brancovan ha despertado estos recuerdos de mocedad. Pero el principal recuerdo que suscita esta muerte es el de la emoción de aquella poesía. Aparte Verlaine, el último hijo de Apolo y de María, ¿qué se oye y reluce en medio del coro delicuescente de poetas decadentistas de París? Sólo Moréas, el griego, y Noailles, la rumana, envolvían en la gasa de oro de la lengua franca frescos y sonoros corazones de seres humanos, y no sólo heladas y premiosas habilidades técnicas. Y, desde luego, mucho más la Noailles que Moréas, afectado también e insincero, aunque seducido y arrastrado por el coro de las sirenas clásicas.

A Noailles le bastaba con oír el ritmo de sus venas y obedecer al ímpetu juvenil de su instinto. La maravilla se producía en el acto. Los torrentes se despeñaban de las cumbres. Los prados verdes se empapaban en rocío. Las manzanas, los melocotones sonrosados de sol, apetecían como mejillas de fresca doncella. Los sesos ardían. Los corazones exultaban. Un cálido aliento de brama llenaba los ámbitos y hacía respirar fuerte a los hombres, a las mujeres, a los animales. Entrábamos en contacto con una de las fuerzas vitales de la Naturaleza.

Naturalmente, muchas mujeres de letras han tratado de imitar a la musa francorrumana. Y también, naturalmente, sin éxito. Faltaba el temperamento, la hondura de emoción, la sinceridad de expresión y el arte.

Las mujeres de lengua española no han sido en esto excepción. La señorita de Champourcín, en España, comenzó por beberle el aliento a la Noailles, aunque después haya seguido un rumbo distinto, influída por poetas jóvenes—por lo menos nuevos—de Francia y de España.

En América también ha encontrado eco el fervor lírico de Ana de Noailles. Pero en América existe una joven y linda mujer que rivaliza con la Noailles, sin sujetársele.

Se llama Juana de Ibarbourou. En ambas damas coincide un temperamento muy semejante, e igual desbordamiento de pasión y poesía.

La sinceridad de expresión

LOS QUE SE VAN

La condesa de Noailles

= De *El Sol*. Madrid. =

La imagen de la condesa de Noailles, surge en mi memoria, mezclada en absurda confusión, con el recuerdo de mis primeros entusiasmos literarios y de mis primeros poemas.

Nuestro encuentro, ya lejano, en las páginas de una antología, dejó en mi espíritu una impresión vaga y luminosa, semejante a esas huellas de sol que persisten entre los párpados cerrados. Aquellos versos impetuosos, quizá algo enfáticos, en los que palpitaba una vida que yo ignoraba aún, me alucinaron totalmente. Durante mucho tiempo la poesía de esta mujer personificó para mí un mundo de sensaciones punzantes e inefables, de aromas exóticos: "les senteurs d'héliotrope et de vainille", que resumen la fragancia sensual de casi todos sus libros.

"Les forces éternelles" fué el primer volumen suyo que cayó en mis manos. Tras los recuerdos de guerra, que componen una parte del tomo, encontré fácilmente la voz auténtica, el grito voluptuoso y pagano que más especialmente me atraían. Una composición titulada "Le silence" me conmovió de tal modo que asimilé inmediatamente su contenido, sin poder evitar luego que sus reminiscencias tropezaran frecuentemente con mi pluma.

> Oui; le silence est frais ainsi que l'eau qu'on bolt,
> il est prudent et fier comme un faon dans les bois,
> il parait s'assoupir et cependat il danse!

Anna de Noailles me enseñó a escuchar el silencio, "onduleux comme l'onde", y a sentir las vibraciones humanas del paisaje.

Hoy su muerte aviva mis recuerdos, impulsándome a trazar estas líneas, ajenas a toda intención crítica y únicamente inspiradas en un sentimiento de simpatía personal. Pocos escritores femeninos han sabido serlo como la gran poetisa francesa. En ella la literatura no traiciona un solo instante las características del sexo. Leyéndola, nunca se olvida que escribe y habla una mujer.

Evoco ahora sus retratos: el de Laszlo, el de Zuloaga...; ni las gasas románticas ni la pose estudiadísima borran el hálito de pa-

(*Pasa a la página siguiente*)

quizá supera en Ibarbourou a lo más audaz de la Noailles, y esta virtud literaria, rara en hombres, rarísima en mujeres, unida en ellas a otras dotes espirituales, enriquece la poesía de Juana, la hija de América, y de Ana, la hija de Francia.

La Noailles cubre de cendales diáfanos su desnudez magnífica. La Ibarbourou no. Ni eso. Espera al amado como Dios manda:

Desnuda, con el puro impudor
de un fruto, de una estrella o de
una flor.
Desnuda y toda abierta de par
en par
por el ansia de amar.

Mientras escribo, contemplo el retrato de ambas musas, que tan parecidas espiritual y, sobre todo, temperamentalmente fueron y cuyas vidas corrieron tan distanciadas y por cauces tan distintos.

La figura de la Noailles irradia fuerza simpática. Atrae principalmente, como las sirenas, por su canto. La figura de la Ibarbourou imanta la admiración viril. Lo poeta complementa en ella lo mujer. Aunque no supiese cantar, la admiraríamos. ¡Es tan bella! Un óvalo perfecto, un pelo oscuro, abundante, una frente armoniosa, unos divinos ojos grandes, inteligentes, almendrados, un poco lánguidos; la nariz recta, larga; la boca chica y gordezuela.

También poseía la Noailles unos oscuros ojos magníficos; era lo mejor de su rostro. La boca gruesa de los sensuales. Y por sobre todo, el atractivo de la gracia, realzado por la elegancia.

Poetas de veras. Poetas por la gracia de Dios.

R. Blanco-Fombona

(De *El Sol*. Madrid.)

Desaparecida de la tierra la condesa de Noailles, la tentadora que nos hizo suyos en el embrujamiento de sus versos voluptuosos, se diría que asistimos al entierro del amor, si no fuera que el amor retoña y que florecerá sobre su tumba, tal como ella lo quiso. Nadie en nuestra edad había hecho recordar tan poderosamente a Safo. Criatura de embriaguez y de misterio, poseía el acento que envolvía y acariciaba como el terciopelo, con un don de expresión tan prodigioso que cada una de sus frases producía un deslumbramiento.

Hacía versos como el cielo hace relámpagos, dijo en un volumen de ironías, que debió mortificarla y halagarla, el inquieto René Benjamín, amigo infiel y devoto, que a la sombra del ojo en flor de la condesa, como juguetonamente bautizó su libro, se deshizo en cabriolas que eran homenajes. Pintó sonrientemente el cuadro de la diosa menuda, recogida en su lecho, ovillada como una sierpe y fragante como una rosa, toda entregada al calambre de la inspiración y al deseo de morir, con ansias de vivir en la memoria de las generaciones.

Ana de Noailles fué un conductor, que al recoger ondas del más allá y al devolverlas embellecidas con su timbre, se convirtió en una fuerza irresponsable de la naturaleza. En ella bailaban los deseos como los rayos de luz sobre las olas. Lo dijo en un poema que fué sólo una nota en la escala armoniosa de su vida, toda ella poseída por la intensidad, por el ardor y luego por la languidez del deseo. Su alma pagana, alma de faunesa, bosque encantado en espera de los dioses imperiosos, descubrió que la invención del alma no tuvo otro propósito que deprimir al cuerpo, al fin y al cabo lo único cierto, lo único sabio, lo único espiritual, de la vida.

De tanto mirar a la vida se le agrandaron los ojos, pozos de elocuencia, pozos de silencio, brujos que inspiraban al contemplador el deseo de derretirse, cuando era solar el rayo que despedían para probar su hechizo, o que enfermaban de melancolía cuando era un rayo de luna y de tristeza el que en ellos decía la vanidad de las cosas. El placer de la nada, única eternidad, lo invocaban sus labios temblorosos cuando adentro, en el alma, donde nadie podía verlo, llovía lentamente ceniza.

Reaccionaba. Como todo inspirado, estaba llena de caprichos y de contradicciones. Nadie supo hablar como ella del amor, con castidad, con impudor, con fiebre de los sentidos, en torbellino la pasión, con tempestades, o con la recóndita intención de enroscarse para vivir, para morir, en el espíritu. Nadie como ella supo, por cuanto así lo dijo, que todo goce está atado al gran dolor del mundo, pero nadie tampoco creyó tanto como ella en la permanencia de la pasión que a los ojos de los indiferentes muere, eternizada en el recuerdo y hecha fuego en el cuerpo, al extremo de pensar que sus cenizas tendrían más calor que muchas vidas.

Plegaria su amor, rito su ofrenda, la eternidad era su anhelo de las horas de meditación, para cambiarse pronto, en un fulgor, en el placer de lo efímero. Halló también vacío el cielo y el universo sin objeto. Hermoso y triste le pareció el sér humano. La tumba, inútil y con todo inevitable, consoladora, como es consolador el cielo deshabitado y como es consoladora la campana, que lo mismo llama para el amor que para la muerte. Sus palabras apretadas, decía, estrechaban como brazos, parpadeaban como miradas, se clavaban como flechas, explicaban que el único problema del amor es autorizar el deseo, despertarlo, avivarlo, prolongarlo, hacerlo nacer y vivir en los desconocidos, más allá de la vida, en la tumba, donde se cumple el milagro de las cenizas ardientes.

Sensación, divina sensación de desesperación amorosa, de retorcimiento, no sería una simple divagación literaria? "Se necesita primero tener sed", fué el epígrafe que puso a su libro "Poema del Amor". Lo tomó de Santa Catalina. Lo que en la gran mística fué místico, en la pagana era sensual. Pero, ¿para qué, si luego habría de decir que el amor es una pasión cruel y vana? Despreciable y divino milagro del beso!, exclamó frente a una de sus más exquisitas manifestaciones. Y luego la que nunca durmió sola, como lo contó en un poema maravilloso, encontró que todo estaba en ella. Agua, tierra y llama, en ninguna parte las sentía tan bellas como en su propia alma, esa alma errante en todo, menos en la certidumbre dichosa del amor —confesión de ella, contradicha por ella—para concluir en un

---

La condesa de Noailles...

(*Viene de la página anterior*)

sión, fuego e instinto que trasciende en la mirada. Sin su atavío literario, desnuda como en sus mejores versos, la Noailles podía haber sido realmente nuestra contemporánea. Pero hacia ya unos años que su voz nos llegaba menos directa, esfumada en un velo de angustia que, aun arrancándole acentos patéticos, la despersonalizaba a nuestros ojos. Ausente, por la fuerza del tiempo, de su verdad más viva, amor y entusiasmo, y volviendo a su verdad más próxima, la muerte, había sustituido a su anterior paisaje lírico, trémulo y embriagado, la fría estrechez que ciñe los sepulcros. En "L'honneur de souffrir", publicado en 1927, un ritmo jadeante y entrecortado reemplaza el ancho soplo que alienta en "Les éblouissements" y "L'ombre des jours". Todo lo que fué su vida había muerto, y entre los muertos se buscaba ávidamente.

J'étais une vivante unique,
je suis a présent tant de morts!

Yo prefiero recordarla tal como se me apareció en sus libros juveniles, audaz y encendida, deshojando en el viento su corazón innumerable. "Cuántos—dice Maurice Martin du Gard—la habían acogido en su corazón por el don milagroso que hacía de sí misma, por el contagio de su fiebre, por la luz y los perfumes que se dignaba sembrar en la ruta que, de pronto, emprendíamos".

Si intentó dejarnos la imagen de una silueta enlutada sobre una tumba abierta, no lo ha conseguido. La condesa de Noailles será siempre para los que amamos sus poemas una visión de luz y de amor, unos labios tendidos a la caricia de la vida. Lo infinito le llegaba sólo a través de lo humano.

Que m'importe a présent le suave chemin
ou l'odorant figuier au feuillage écarté
semblait porter vers moi le ciel des nuits d'été,
ce n'est plus qu'a travers la bonté de tes mains
que mon coeur frémissant rejoint l'éternité...

Por eso su poesía, al querer deshumanizarse, perdió el impulso que antes le prestaba su máxima belleza. Anna de Brancovan es única cuando es ella misma: una mujer transida y torturada por la pasión, "le seul acte contre la mort", como dijo en un verso inolvidable.

Si al despedirla hoy en su viaje eterno lo hago un poco emocionada, es su propia emoción, la de sus libros, que yo quisiera poderle devolver.

Ernestina de Champourcin

grito angustiado: "No tengo miedo sino de ti, corazón. Todo lo demás es menos espantoso".

Así imploró la muerte favorable. Consideró que el sufrimiento es el único pecado de la vida y escribió un libro, "El honor de sufrir", cuando murió el inspirador, que es la aceptación del dolor, oscuro cielo, salpicado de estrellas de rebeldía dolorosa. Y aun cuando nada precisa tanto el aspecto literario de sus sensaciones como el concepto profundo de que la desgracia se disuelve cuando el canto la alarga, hay una revolución de los sentidos, una contradicción de su filosófica desesperanza, una suprema confesión de enamorada, cuando frente a la muerte implorada, deja escapar el grito que es desgarramiento y que es unión con todo lo existente: "Amor! Aléjate, para poder morir".

Toda ella no fué sino un deseo vibrante. René Benjamín dijo que lo mismo que los niños en las manzanas, ella dejó en sus libros la marca de los dientes. Por eso incita y embriaga la tentación del mordisco en ese mismo punto. Eso quiso ella, que desde un poema implora el amor de los jóvenes de las cosechas futuras, segura de amarlos desde la tumba y desde los libros, con la insaciable voracidad de las bacantes y el además solemne de las sacerdotisas. No le sería desagradable el homenaje de una desunión por causa de ella. Fué el amor que pasa, pero en sus poemas es el amor que perdura.

Condesa de Noailles! El cable dice que murió de cincuenta y siete años. Es una sorpresa. Nosotros creíamos que tenía mil y que tenía veinticinco. En las estaciones de su vida, en pleno otoño, acercándose a la cabellera nevada del invierno, tenía todos los ardores del estío y todos los retoños de la primavera. ¿Fué linda? No lo sabríamos decir. En los retratos, bajo el oscuro cabello que le oculta la frente, dos ojos soberanos invitan al delito. No sabemos si mirarla era lo mismo que leerla. Pero con sus versos en la mente y bajo la fascinación de esos ojos, debía inspirar el anhelo de agonizar por ella.

Su sangre de diversas razas, la hizo muy sensible para todos los sones del amor y de la inteligencia. Era el arpa eólica que obedecía a un viento salido de los mismos espacios infinitos que asustaban a Pascal con su silencio, llegado sigilosamente, para acariciar primero, y producir luego la música hechizante. Condesa de Noailles, cuerpo de gato, caprichosa, voluble, deleitosa, alma de flor, fragancia, tersura, delicadeza, misterio, qué misteriosamente se ha diluído en el ambiente, para no dejar sino sus libros, máquinas eléctricas de donde salen chispas, y dos ojos de milagro, que como orientadores faros se abren en la noche.

L. E. Nieto Caballero

(De *Lecturas Dominicales*. Bogotá.)

Berta Singerman y la lengua...

(Viene de la página 376)

hacen a la circunstancia sino pequeñas concesiones. Estos programas son, primero hispanoamericanos, luego españoles, luego cosmopolitas, pero condescendiendo con lo extranjero en los puntos en que lo extranjero se allega a nosotros por la semejanza y en que nos conforta y no nos turba, nos afirma y no nos anarquiza.

Divulgadora de nuestra poesía, no hemos tenido ninguna como ella. En Madrid o París o Lisboa de un año a otro, nos la encontraremos en el mejor teatro, delante de los públicos más delicados de convencer, revelando los logros de la poesía americana en las piezas tónicas de Valencia o de Chocano, en las piezas agudas de López Velarde o Reyes y en las de Rubén y Lugones, fiel a su propio fervor como un judío o como una mujer criolla que quiere lo que quiere de una vez y para siempre.

Pero al lado de estas frecuentaciones, que ya podemos llamar clásicas de la cosa hispana ella se guarda de desatender a los jóvenes, lo que es falta tan torpe de los recitadores "serios". Ella acoge a los mozos geniales que apuntan de cualquier lado de la América y sus programas le espejan de estas aguas nuevas de la poesía que lucen tan bien, lado a lado de las viejas cisternas. Ha sido de las primeras en la admiración de nuestro gran Pablo Neruda, el chileno, como de Carlos Pellicer, el mexicano o de Rafael Maya, el colombiano.

Otras de las normas, bien visibles, de los programas de Berta Singerman es la frecuentación de ciertos temas humanos de que quiere nutrir a las gentes, porque ella siente con su palmo cotidiano de las multitudes, que se va enfriando o empalando y que hay que mantenerlas. El programa de una de las noches pasadas tenía un tercio de asuntos maternales y pueriles—de "puericia" digo, no de vanalidad. Cualquier artista de espectáculo es un amamantador de muchedumbres, hasta el más chiquito; cualquiera vive con la multitud un momento de unión en el que le traspasa un soplo tan denso que es una verdadera leche de madre. Hay que ver lo atolondrados y lo insensatos que andamos con esto del espectáculo libre y antojadizo, entregándole el pueblo al primer bufón desvergonzado que lo encanalla con su cháchara sucia o al zonzo que le consume las horas de vacación en chiste imbécil.

Terrible es la familia teatral y yo no conozco otra más peligrosamente heterogénea donde están desde el intérprete de la tragedia antigua que en las piedras romanas del teatro de Orange nutre a la masa provenzal con la sangre del sacro toro griego, dándoles a Sófocles y a Esquilo, hasta los bribonzuelos de ciertos sainetes que nos inficionan de bajeza el teatro criollo.

Por la fatalidad del género dentro de esa familia nos vive nuestra Berta Singerman pero como una Cordelia limpia y bella en medio de los torcidos y los feos. Y su prodigio es el que, a medida que pasan los años, ella no se abaja por adulación de los públicos ni les acepta mando en su espectáculo, y al revés de eso se depura, se afila y se eleva, en el sentido de una selección más cerrada de sus piezas y de una perfección más aupadora de su arte.

Celebrémosle esta marcha lúcida por entre los escarpados del espectáculo teatral. No hay mucha maravilla en seguir rigurosamente una norma hasta su centro y remate, cuando se vive sin cotidianidad con la masa, cuando se escoge y se usa la propia vida a nuestra gana, como un objeto de uso familiar. Pero son maravilla las vidas pasadas en el medio del grueso hálito de las gentes y de su dominio instintivo, conservando acérrimamente erguida la conducta superior.

Gabriela Mistral

Poemas a Juan Cristóbal

= *Colaboración* =

Para *Carmen Lyra.*

I

Era una hebra de luz aquel llanto que oí en el cuarto desvencijado.

Por primera vez las telarañas y los ratones oyeron la canción más pura.

Las vigas carcomidas por el tiempo y los tejados enmohecidos por la lluvia temblaron de emoción maternal.

Fué ahí en aquel cuarto desvencijado donde supe de la vibración suave: era el llanto de Juan Cristobal.

II

Era un cogollito de amor.
Era la miniatura inconsciente más perfecta
Era el niño-Dios criollo.
Era de algodón moreno, carnita de canela entre pañales suaves de sol.
Era así...

III

Dos almendras entreabiertas parecen sus ojos cuando duermen, para ver el mundo en mitad. Parpadean, sonríen: es que está cerca de un colmenar.

IV

Hijo de todos y de nadie.

Tú viniste antes que mi carne floreciera, a encender en mi vida, el candil maternal; a poner pucheros al verso sencillo; a fertilizar la selva musical; a poetizar el sentido vital de las cosas.

V

Crecerás. Poseerás lo que tú quieras, si tu cabecita la puedo llenar de verdades.

Pero dime, terroncito de azúcar morena, ¿endulzarás entonces, el agua de mi vida?

VI

Eres tan pequeñito, como el hoyito donde entran las hormigas a dormir. Ellas como tú, atesoran migas de pan, en el huequito tibio del corazón.

Las hormiguitas con pedacitos de hojitas frescas, forman ronda a la pileta del clavel; tú, zompopito, te haces collar en torno a mi cuello.

VII

Acércate a mi corazón, Juan Cristobal, es una almohada que los ángeles hicieron para ti. Ellos durante el sueño dicen cosas dulces a los niños.

Deja que te estreche, acaso alcance yo un poco de esa miel angelical.

VIII

Este era un fueguito cerca de la mar. El fueguito se llamaba amor, la mar se llamaba vida. Pues la mar quería apagar al fueguito, ¿pero sabes. Juan Cristobal, que el fueguito ganó?

Sí, ganó.

IX

Con el dedito de tu corazón, has tiznado de dulzuras, esta página de mi vida.

Con tus miradas de aceituna, el mundo se me torna una masita de amor

Con tus labios de pitahaya has mordido una inquietud musical y todo el huerto hogareño canta al ritmo de tu corazón.

X

Desde que mi canción entra en tu oído, la tarde se llena de caracoles y estrellas. Y es entonces cuando todo mi cuerpo se estruja de infinitos y madrigales. Y es así que mis brazos evocan fortaleza y suavidad.

XI

El viento está deletreando una frase nueva para ti, ¿la oyes, Juan Cristobal?

Pasa suavecito, como sordina enrollada en una nube, sobre las basuritas de tu sitio: tu ronda.

Ven, así conmigo, escucharemos letra por letra el deletreo del viento; tú y yo, trataremos de interpretar este sencillo y nuevo alfabeto que ha sido creado para ti.

XII

Se está meciendo la luna, la luna se está durmiendo; todo lo blanco está cantando, todo de azul se está vistiendo, y es porque Juan Cristobal al solo abrigo de mis dos brazos, se ha quedado dormido, dormido...

XIII

Tus ojos ya conocen el milagro de ver el cielo, tus manos ya acariciaron la arcilla creadora, tu boca ya supo de la frescura del manantial, tus oídos ya oyeron la música del viento. todo tu cuerpecito ya se tiñó con los colores del río.

Tus sentidos van desarrollándose al ritmo de la naturaleza; ella es para ti, el mejor juguete.

XIV

¡Jícaro, Jícaro! Tendido en la siesta del sol, sombreas de aromas las cantarinas rayas trazadas por Juan Cristobal; rayas que son una respuesta enredada en las madejas de luz.

Jícaro. jícaro! que nunca tu sombra desabrigue los juegos y llantos de Juan Cristobal!

XV

Con piedrecitas de mar construyes el túnel por donde se pasea tu ilusión infantil, así mismo. los caracoles ensayan el cromatismo por donde se paseará tu lección musical.

Otros poemas

DESDE QUE TE JUISTE...

Desde que te juiste
el cacaxtle de mi alma
está triste.
Los izotes ya no floreyan
aquellas candelitas
que alumbraban el monte...

Desde que te juiste...
el Santu Sebastián
ya no hace milagros
ni la ceiba da sombra.
Y el acordeón
está tan llorón,
qui todito el rancho
se moja de quejas
y por eso mi alma
se llena de tristuras...

Desde que te juiste...
te vivo esperando
debajo e la sombra
morado-aceituna,
y sólo veyo la pereza
del tiempo
a la luz de la luna.

Desde que te juiste...

SOMBRAS

Vi en mi sombra
tu sombra,
vi que irradiaban
tus venas, la luz
del misterio.

Te vi tan cerca
que todo se puso mudo,
mi alma ya no pudo
decir la palabra
que tanto ansiaba...

Y es que la sombra
mutilaba estrellas
y enredaba sortijas
en torno a mi boca.

Por eso callé.
Te dí un beso
y me envolví
en tu sombra.

TARDE DE CONCIERTO

Tarde de concierto...
me entregaste a la nostalgia
de sus palabras
y a la infinitud de su mirada.

Tarde de concierto...
Llovieron sobre el teclado
de su corazón,
azogues paralelos
en vibraciones monosílabas...

Tarde de concierto...
prolongada en la luz de las estrellas
y adherida al canto tonal
de las cigarras.
Tarde de concierto...

en que nacieron muertas
las begonias,
porque trinó tarde
la lluvia de sus ojos.

Tarde de concierto...
acaso haya quedado una nota
en la clave de su oído,
para hacer con ella
un caracol vitral.

Tarde de concierto...
escapada para siempre
de mis manos.
tendida en el río de sus palabras
y anclada al muelle de su corazón...

Tarde de concierto...

Mercedes Viaud Rochac

San Salvador, 1955.

Las crisis como fenómenos de la organización económica actual

Sobre-producción. Bajo-consumo. Resultado de la sobrecapitalización o abuso del crédito

Una adaptación del presente al futuro, necesaria para obtener el equilibrio económico de las oscilaciones rítmicas de prosperidad y adversidad

= *Envío del autor* =

¿Nos damos cuenta de las crisis...? ¿Sabemos o estamos inconscientes de su origen, manifestaciones y efectos, como fenómenos económico-sociales sujetos a la "Ley del Ritmo"...?

¿Conocemos acaso que hay **crisis fiscales** y **crisis económicas,** y en qué se diferencian...? ¿Y que las primeras afectan la Hacienda Pública y las otras la estructura económica y pueden ser financieras o bancarias, comerciales y agrícolas o industriales?

¿Se ha estudiado acaso a cuál categoría de fenómenos pertenece el que se manifiesta en estos momentos en Costa Rica? ¿O si es meramente el eco lejano de situaciones difíciles porque atraviesan las grandes naciones de las cuales depende en gran parte la vida económica del país?

Para comenzar, permítasenos analizar el fenómeno crisis en forma abstracta y general. Luego tratar el concreto y relativo a nuestro caso particular.

Las crisis son fenómenos de la organización económica moderna. Son el producto del sistema actual de los negocios mundiales, que se basan en la utilización del **capital y del crédito.** Tenemos ejemplos de depresiones económicas en los siglos anteriores al XIX, pero debe observarse que ha sido con el advenimiento del **sistema industrial** y el desarrollo de los **mecanismos de crédito** modernos, que los fenómenos rítmicos de acción y reacción, de depresión y expansión, de actividad y paralización, se manifiestan en forma de crisis. Durante el siglo XIX las podemos observar, estudiar y diagnosticar en su plenitud, con una periodicidad casi rímica.

Las características del fenómeno debían sernos familiares y no conducirnos a la exaltación y al atolondramiento como sucede ahora, antes bien al estudio sereno y profundo.

Hay una tendencia a un movimiento rítmico y hacia un punto de equilibrio en todos los negocios modernos en el mundo entero. En un cierto momento las cosas van bien, los precios suben, se aumenta la actividad general económica con vibración cada vez más intensa, crecen y se multiplican las empresas, las facilidades bancarias se amplían y se respira auras de prosperidad por todos lados. Es entonces, cuando está el organismo económico en su máximo de actividad, que algo sucede, por un motivo u otro introduciendo un principio de **desconfianza** en el futuro (y ya sabemos que la duda y la desconfianza engendran desintegración tanto en el campo biológico como social).

Este suceso insignificante, un mero rumor acaso, es suficiente para producir incertidumbre, duda, desconfianza. Algún banco u otra institución considera que se ha extendido demasiado en sus **créditos,** y trata de limitarlos. Al esforzarse por ir contra corriente, en momentos en que la demanda de capitales está al máximum, rehusando ampliaciones de crédito, esa institución intensifica ese sentimiento de inseguridad, de duda, de desconfianza, y naturalmente, como consecuencia lógica, en la imposibilidad de atender todas sus obligaciones, algún negocio que creía contar con todo el **crédito** que necesitaba, se ve precipitado al fracaso: quiebra.

Simultáneamente todas las instituciones de índole similar, tratan de recoger velas, procuran limitar el crédito y aun cobrar aquellas obligaciones que consideran menos seguras, en vista de la nueva situación creada. Resulta que: por una parte los acreedores piden el pago de obligaciones pendientes, y los deudores, en un esfuerzo heroico por cumplir, sacrifican valores de una u otra naturaleza que lanzan al mercado a precios inferiores, contribuyendo así a deprimirlo aún más. Los precios bajan, con frecuencia en forma vertiginosa. Los fracasos y liquidaciones aumentan, produciendo así pánico, que aumenta las pérdidas y extiende la tensión y sufrimiento a todos los ámbitos de la estructura económica.

Viene luego un período más o menos largo y continuado de depresión, de bajos precios y "tiempos malos"—con la natural consecuencia crónica del desempleo y salarios mínimos,—hasta que por un proceso lento de reajuste viene un punto de equilibrio, y la ola de prosperidad toma el curso de una nueva marea ascendente, una nueva época de actividad y vida comercial, industrial y agrícola, un afianzamiento del sistema de crédito sobre nuevas bases.

Y el proceso se repite, una y otra vez, en el curso de un siglo, con un ritmo típico de oscilación ascendente y descendente casi armonioso, con casi tanta seguridad como se presentan las estaciones en el año, las mareas en el día lunar..., en el esfuerzo eterno de las fuerzas creadoras hacia un porvenir mejor, hacia un punto ideal de equilibrio social.

Las teorías por las cuales anteriormente se explicaban las crisis más frecuentemente son: las de **sobreproducción** y de **bajo consumo.**

La de **sobreproducción** mantiene, no necesariamente que hay exceso general de "bienes" (artículos) en el mercado, (pues esto implicaría que puede existir exceso de riqueza, lo cual es absurdo), sino que hay en cierto momento dado, más artículos de los que se pueden vender con provecho, con ganancia. Se pensará entonces que

Carta alusiva

Sr. don Joaquín García Monge.
Repertorio Americano.
San José

Estimado maestro:

¿El problema económico-social del momento...? ¿No es este de suma importancia para la vida futura de este pequeño pero modelo de democracia?

Si es de trascendental importancia su estudio sereno, franco, desapasionado, ¿por qué no se lleva a cabo por aquellos capacitados para efectuarlo científicamente, prescindiendo de todo interés personal, tal como se analizan los problemas científicos o meramente sociales...?

Es de lamentar, señor Monge, que la prensa diaria de este bello país haya caído en el vicio de los "interviews" que tan funestas consecuencias causa, pues aunque es exponente de libertad de pensamiento, trae por consecuencia el que todo el mundo hable de lo que no entiende ni ha estudiado. Y así vemos a un zapatero muy respetable en todo otro sentido, hábil artista en su línea, haciendo de pontífice en finanzas; al médico, aun con muy buena intención, debatiendo sobre temas concretos de ingeniería que requieren conocimiento técnico; al hortelano, ensayándose en cuestiones de pedagogía.

Y por otro lado comerciantes y agricultores, cada uno, por desgracia, en la mayoría de los casos, afilando su hachita, presentando sus puntos de vista como únicos; al capitalista rentista protegiendo su acervo de ahorros y al trabajador manual, con mucha razón, su salario y el sustento de los suyos.

¿Cómo explicarse que en una época crítica de depresión económica, ante los graves problemas sociales que confrontamos, no se alce una voz ecuánime y serena que desde un punto de vista superior, por encima de todos los intereses mezquinos y materiales, analice la situación económica como el sociólogo que diagnostica la enfermedad de la estructura social? ¿Es que hay **crisis de hombres también?**

¿Podría este humilde servidor de Ud. plantear algunos puntos de vista que creo trascendentales para nuestra América, desde las acreditadas columnas de su Revista, que es vocero de cultura continental?

Sin pretensión de sapiencia alguna, pero con alguna experiencia en cuanto a problemas económicos, creo que podría presentar a la consideración pública, algunos cuantos temas, dando así base para que los más sabios y expertos los desarrollen mejor.

Si ello es de su agrado, quedará agradecido su admirador y seguro servidor,

Marcel Bonhomme
De la Faculté de Sciences Sociales. Bruxelles

el remedio para tales crisis será el de producir menos, ya de uno, ya de todos los productos que entran en el mercado mundial.

Por otra parte, la teoría del **bajo-consumo** hace hincapié en la inhabilidad o incapacidad del consumidor para pagar precios suficientemente altos que puedan mantener la industria en marcha, con rendimientos o ganancias efectivos. ¿Se evitaría la crisis si el consumidor ahorrara menos y gastara más?

Sin embargo, la explicación exacta del fenómeno está en el problema llamado **de capitalización,** relativo al crédito. Todo valor de inversión se basa en la capitalización, más o menos científica, de las **ganancias futuras** de una empresa, "estimated earnings" como lo llaman en Inglaterra, o "rentas futuras" como se denominan en Francia y América. Por lo tanto, el valor de una industria o empresa agrícola, grande o pequeña, perteneciente a una sola o a muchas personas, depende, en cuanto a las inversiones de capital que demanda, de la estimación que sus promotores den en un momento dado, a las posibles "ganancias futuras" de la misma. Y en el caso de una finca de ganado o de café, la capitalización depende de lo que supongamos, con razón o sin ella, que ha de producirnos en rendimientos netos.

El sistema industrial actual, que cobija por igual las actividades agrícolas, es un proceso de producción en grande escala—en masa,—para un mercado supuesto, hipotético, que por anticipado imaginamos demandará los productos, y nótese bien, no se basa en el producir tal o cual artículo, a la orden, para un mercado dado a un precio conocido.

En un cierto momento, los negocios van bien. Empresas nuevas nacen, se construyen plantas para producir acero, sedería y mil otros artículos manufacturados. Se amplían cultivos, ya de café o caña, cacao, hule y otros más. Y se emprende en todas esas actividades sin una medida, sin una base científica. ¿Por qué...? En la esperanza de que como todo va bien, vendrán órdenes y más órdenes por esos productos en el futuro, y a precios tan buenos que habrán de dejar márgenes de rendimiento ganancias, satisfactorias en relación a las inversiones.

Uno de estos períodos de "vientos favorables" se puede iniciar con una demanda inusitada por algún producto tal o cual, demanda que puede provenir de un esfuerzo especial para el establecimiento de una red ferroviaria en cierto país, o un programa naval de otro, o acaso una guerra. Los precios suben primero en cierta línea de productos, la demanda aumenta, la producción se intensifica para suplirla, el movimiento y acividad se extiende rápida, vertiginosamente, a distintos países, siguiendo la línea de menor resistencia y máximo rendimiento, y se extiende no solamente en cuanto a los productos que iniciaron el alza de precios, sino a muchas otras líneas de producción. Las nuevas empresas nacen al calor de esta vida inyectada a la actividad económica. Para establecerlas viene el **promotor,**—llámese **agricultor o industrial,**— y se provee de capital suficiente, ya sea usando el **crédito bancario,** ya **organizando sociedades, corporaciones,** que se nutren de la venta de sus **acciones y bonos** al público, el cual las compra con avidez y entusiasmo absorbiendo las emisiones, **basando los cálculos, en cada caso, en una capitalización proporcionada a los rendimientos anticipados, ganancias probables**

En Costa Rica se usa casi exclusivamente el crédito bancario, pues la organización de corporaciones casi no existe.

El carácter psicológico de estas transacciones de crédito es tal, que, como se puede apreciar fácilmente, **la capitalización de los rendimientos futuros,** se estima casi siempre muy por encima de las realidades probables. Esto es humano, en materia de negocios. Todo el mundo olvida que la prudencia es madre de la ciencia y bien sabemos que es más frecuente ser optimista que previsor. Las supuestas ganancias y rendimientos pueden no venir tal como se esperaban y quizá no vendrán en la proporción suficiente para justificar la inversión original.

Y aquí viene el momento culminante, la clave del problema. Se presenta ante nuestra vista la necesidad inminente de reducir, disminuir la capitalización para colocarla al legítimo y verdadero nivel de los valores del mercado real, sobre una base firme de rendimientos (ganancias) actuales, no hipotéticas o futuras. El agricultor o industrial ha invertido capital—propio o emprestado a los bancos,—(con hipoteca o sin ella), en cantidad mayor de la que debía haber invertido para obtener rendimientos, y comprende que debe disminuir esa capitalización, cosa que él no esperaba. En este momento comienza la angustia...

Este proceso de reajuste de valores sobre-capitalizados implica necesariamente una pérdida, pero todos realizan que debe haber reajuste para obtener el equilibrio entre la capitalización y los rendimientos, para salir del laberinto. He aquí el comienzo de la crisis verdadera. Si el reajuste se opera violentamente viene el **pánico,** si lenta y gradualmente, sobreviene una depresión o un **simple proceso de liquidación.** En todo caso, tendremos la depresión que continúa hasta tanto se opere totalmente el reajuste de la capitalización al nivel de la capacidad actual de rendimientos y en este nuevo nivel se obtengan ganancias.

Las crisis no son, por tanto, el resultado del aumento de la producción a un punto de saturación: sobreproducción. Son el resultado de la **sobre-capitalización del abuso del crédito.** En este sentido, la crisis de 1837 en los Estados Unidos de Norte América, que se extendió bastante al resto del mundo, **fué motivada por la excesiva capitalización de los valores de las tierras allá, y es muy semejante a la crisis actual de Costa Rica.** Ninguna de las dos se caracteriza por sobre-producción. **El fenómeno se operó por el abuso del crédito,** espada de dos filos, la más difícil de manejar, en un régimen de libre competencia económica.

Entre todos los fenómenos de la estrutura económico-social, las crisis, son peculiares de la organización actual de la sociedad moderna que se basa en principios de propiedad privada, libertad de acción y competencia, **de las cuales se abusa.** Las **oscilaciones rítmicas de prosperidad y adversidad** son esenciales para la salud del organismo social, así como son necesarios los movimientos de expansión y contracción de las actividades políticas, artísticas, científicas, intelectuales para el desarrollo progresivo de los pueblos.

Una mejor comprensión futura de los principios del crédito, un desarrollo de la facultad de ponderar y medir las responsabilidades por parte de promotores, agricultores, industriales y banqueros, y más que todo de los hombres de estado, una normalización de la producción y consumo, pueden traernos en el porvenir un equilibrio más normal y constante del proceso de capitalización a la capacidad productiva de las empresas, y al producir **"una adaptación del presente al futuro"** disminuir la frecuencia e intensidad de las crisis.

A continuación trataremos el caso de Costa Rica, en concreto.

Marcel Bonhomme

Finca San Alberto, mayo 21, 1933.

INDICE
DEL TOMO XXVI
AUTORES Y ASUNTOS

Imprenta LA TRIBUNA